

Decimoquinto domingo del Tiempo Ordinario B2024

Las circunstancias y situaciones a través de las cuales Dios llama a algunas personas a trabajar para él varían de un individuo a otro. También son diferentes las vocaciones y las misiones que Dios les da. Sin embargo, todas tienen algo en común, es decir, el hecho de que todas las vocaciones encuentran su origen y su fin en Dios.

Esto es lo que intenta describir san Pablo en la segunda lectura de hoy, cuando dice que Dios nos ha elegido desde la fundación del mundo para que seamos santos y sin mancha en su presencia. Para san Pablo, ser apóstol o discípulo de Cristo no es algo accidental, una elección arbitraria, sino parte de la realización del plan maravilloso y misterioso de salvación de Dios que ha preparado desde toda la eternidad.

No es la casualidad, sino la providencia de Dios la que nos guía y conduce al cumplimiento de la redención en nuestro Señor Jesús. El propósito de Dios, entonces, es dar una nueva esperanza a un mundo dividido por barreras de raza, cultura y divisiones políticas, para hacer posible la unidad entre la humanidad para que todos lleguen a ser una sola familia, el pueblo de Dios.

En este contexto, la misión del apóstol, que es al mismo tiempo la misión de la Iglesia, como comunidad de creyentes, es doble: ante todo, alabar a Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo por habernos concedido tales bendiciones. Segundo, dar a conocer al mundo entero el maravilloso plan de salvación que tiene para cada uno de sus amados hijos.

Estar a cargo de tal misión no significa ser un ser humano extraordinario ni estar dotado de dones especiales. Significa sólo que el elegido es un siervo de Dios y su misión es anunciar a Dios al mundo y no buscar su propia gloria.

Esto es lo que Amós intenta decir en el conflicto que le opone al sacerdote Amasías, capellán oficial del santuario del Rey. Como escuchamos, el profeta reconoce su origen modesto como un hombre común y corriente. Fue profeta, no por elección propia o herencia, sino mediante la intervención personal de Dios en su vida.

Al dar crédito a Dios que lo ha elegido en lugar de buscar su interés personal, Amós recuerda al sacerdote Amasías que ambos están al servicio del mismo Señor y para la salvación del pueblo de Dios. Si es así, no sirve de nada competir y es peligroso anteponer los intereses personales al bien espiritual del pueblo de Dios para quien trabajan.

La actitud de Amós nos enseña no sólo la humildad que debe acompañar a quienes están al servicio del Señor, sino también la sinceridad de reconocer que todo lo que tenemos y somos, es don de Dios. Es él quien nos ha llamado a ser sus servidores y no nosotros quienes nos hemos elegido para estar a su servicio.

Es para esta misión que nuestro Señor envía a sus apóstoles. En primer lugar, nuestro Señor los envía de dos en dos y no individualmente. Esto muestra que quienes están al servicio del Evangelio deben trabajar en solidaridad y complementariedad. Deben confiar unos en otros y vivir en comunidad, porque cuando las personas están unidas son fuertes.

Además, la práctica cristiana no es un negocio privado; compromete al individuo ante la comunidad, que es la Iglesia. Los cristianos no son personas que practican su fe en privado, sino junto con sus hermanos y hermanas, como comunidad.

Y es una pena escuchar a algunas personas decir que son cristianos, pero no van a la Iglesia, que adoran a Dios en su casa y esto es suficiente. Del mismo modo, la evangelización no se puede hacer basándose en que cada uno se apoye en él y sólo en su inspiración personal. La evangelización es un trabajo de grupo, de escucha de unos a otros, de escucha de la comunidad. Dondequiera que esto se pasa por alto, la obra de Dios termina en un conflicto que puede destruir a la Iglesia.

Otro dato a resaltar es que Jesús envía a los apóstoles a salir a buscar discípulos y no a esperar que la gente venga a ellos. ¡Qué desafío para nuestra Iglesia y para nosotros a quienes nos gusta cuando la gente viene a nosotros y nos dice que quiere unirse a la Iglesia o hacerse católico!

También nuestro Señor dio autoridad a los apóstoles. Tal autoridad no es la de dar órdenes o mandar a la gente, sino un poder sobre los espíritus inmundos. Los espíritus inmundos representan las fuerzas negativas del mal que destruyen toda posibilidad de adquirir nuestra salvación y alejan a las personas de Dios. Los discípulos deben enfrentar todas estas fuerzas para liberar a la gente de cualquier tipo de opresión.

Los discípulos mismos deben ser un hombre libre, libre de cualquier apego material que le impida cumplir correctamente con su deber. Por eso Jesús les pide que no lleven comida, ni saco, dinero ni ropa. Deberían contar con la providencia.

Este versículo tiene enormes consecuencias para la comprensión de la eficacia de la misión. Significa que sin la solidaridad de la comunidad, sin su voluntad de cuidar del discípulo, éste corre el riesgo de verse envuelto en innumerables negocios que podrían impedirle consagrar su tiempo a la obra del Señor.

Todo esto nos ayuda a comprender por qué nuestro Señor insiste en que el discípulo permanezca donde es bienvenido y coma lo que le da hasta el final de su apostolado. Si, por el contrario, el discípulo tiene que sacudirse el polvo de los pies, no es para maldecir a quienes no han aceptado su mensaje ni es señal de disgusto o desprecio. Es una invitación a no seguir insistiendo hasta contrariar a alguien, herir sus sentimientos y alejarlo aún más de la fe.

En otras palabras, el discípulo debe comportarse siempre con el mayor respeto a la libertad de la persona. Lo envían a ofrecer una propuesta y no a obligar a la gente a creer. La tarea de un misionero no es convertir a las personas, sino proclamar la palabra de Cristo como buena nueva de salvación. Si cuando predica, Cristo es aceptado, debe alabar al Señor. Si no, debería orar por aquellos que rechazan a Cristo. Al fin y al cabo, que la palabra sea aceptada o rechazada no depende de él, sino de quien la escucha. Oremos por quienes son misioneros entre nosotros y en el mundo para que disfruten de la bendición del Señor en su apostolado.

Amos 7: 12-15; Efesios 1: 3-14; Marcos 6: 7-13



Fecha de la Homilía: el 14 de Julio 2024

© 2024 – Padre Felicien I. Mbala, PhD, STD

Póngase en contacto: www.mbala.org

El nombre de Documento: 20240714homilia.pdf